

MONJES, FRAILES Y LIBROS: LAS BIBLIOTECAS DE LOS REGULARES COMPOSTELANOS A FINES DEL ANTIGUO REGIMEN

Ofelia Rey Castelao y Margarita Sanz González
Historia Moderna. Universidad de Santiago

Resumen: Los monasterios y conventos masculinos eran, a fines del Antiguo Régimen, los principales propietarios de libros en Galicia. Sus bibliotecas eran las más ricas y en general, estaban bien adaptadas a la predicación, a la meditación y a los deberes religiosos, pero sufrían un fuerte abandono en la primera parte del siglo XIX. En 1835/36 fueron expropiadas por el Gobierno: hechos los inventarios de los libros por los funcionarios y hecha una selección a partir de un criterio utilitarista, fueron cedidas a instituciones laicas; esos inventarios nos han dado la posibilidad de evaluar las bibliotecas de las órdenes religiosas gallegas y en especial las de Santiago.

Palabras clave: Biblioteca, libro, inventario, monasterio, convento.

Resumé: Les monastères et couvents masculins étaient, à la fin de l'Ancien Régime, les principaux propriétaires des livres en Galice. Leurs bibliothèques étaient les plus riches et, en général, étaient bien adaptées à la prédication, à la méditation et aux devoirs religieux, mais ces livrairies souffraient d'un grave abandon à la première partie du XIXe. siècle. En 1835/36 ont été expropriées par le Gouvernement: faites les inventaires des livres par les fonctionnaires et faite une sélection à partir d'un critère utilitariste, ont été cedés à des institutions laïques; ces inventaires nous donnent la possibilité de évaluer les bibliothèques des ordres religieuses galiciens, et en spécial, de Saint-Jacques.

Mots clefs: Bibliothèque, livre, inventaire, monastère, couvent.

En ocasiones anteriores hemos hecho hincapié en que el índice de lecturas de una sociedad determinada no debe medirse sólo por el número de poseedores de libros ni aún por el volumen de las librerías que estos tuviesen, sino por las posibilidades

reales de acceder a los libros por parte de quienes los necesitaban o deseaban leerlos, de modo que, aún no siendo conceptualmente públicas, las bibliotecas institucionales deben ser tenidas en cuenta como referencia cultural de primer orden en los núcleos urbanos y semiurbanos del Antiguo Régimen¹. En esta línea argumental, venimos desarrollando un amplio proyecto en el que se pretende abordar el estudio de las dimensiones y caracteres internos de esas bibliotecas a partir, fundamentalmente, de los inventarios realizados con ocasión de las expropiaciones de los bienes del clero regular en 1835/36 y más en concreto de la orden de incautación de “*los archivos, bibliotecas, pinturas y demás enseres de utilidad de instituciones de ciencias y artes*” (Decreto de 21-VIII-1835) con objeto de entregarlos a las bibliotecas provinciales, museos, academias y demás establecimientos de instrucción pública, tal como preveía el Real Decreto de 9-III-1836². Hemos empleado, además, otra documentación de las propias instituciones, pero sin agotar ninguno de los fondos de información ya que, por su magnitud, merecen un estudio más profundo; en esta ocasión pretendemos sólo ofrecer los datos esenciales que avalan nuestra primera afirmación tomando como ejemplo la ciudad de Santiago.

Como punto de partida, debe recordarse que los inventarios de bibliotecas de 1835/36 son el reflejo tardío de los realizados en Francia en los primeros años de la Revolución y de los que D. Dinet, estudiando 21 de distintas órdenes religiosas de las diócesis de Langres, Dijon y Auxerre -entre los que faltan, como en nuestro caso, las de los jesuitas, expulsados del país en 1762-, puso a la luz los problemas que suele presentar este tipo de documentación y que obligan a completarla con otra: las menciones genéricas al número de volúmenes, las clasificaciones arbitrarias, la exclusión de los libros particulares de los religiosos, las pérdidas que hayan podido producirse en-

¹ O. Rey Castelao, “Las bibliotecas institucionales en la Galicia de fines del Antiguo Régimen”, en P. Fernández Albalajedo y M. Ortega López (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo*, vol. III, Madrid, 1995, p. 583 y ss., y *La Galicia Clásica y Barroca*, en prensa. Esta investigación se financia parcialmente dentro del proyecto XUGA21009B96 y se orienta, en lo que es posible, bajo la perspectiva, muy atractiva aunque dificultosa, propuesta por R. Chartier; véase, *Lecture et lecteurs dans la France d’Ancien Régime*, Paris, 1987, y *El orden de los libros*, Barcelona, 1994. Para Galicia existen, desde hace tiempo en algunos casos, trabajos monográficos muy interesantes sobre determinadas órdenes o instituciones eclesásticas gallegas, de los que citaremos algunos: M.R. Pazos, “Las bibliotecas en la Provincia de Santiago”, referido a los franciscanos, *Archivo Ibero-Americano*, 1954, n. 56, p. 457; G. Placer, “Ventura y desventura de la biblioteca de Sta. María de la Merced de Conjo”, *Compostellanum*, 1964, p. 607; J. García Oro y M.J. Portela, “S. Francisco de Betanzos ante la Reforma (1567)”, *Anuario Brigantino*, 1994, n. 17, p. 81; M. Vázquez Bertomeu, M.P. Rodríguez y M.A. Aller, “Libros y bibliotecas en la Compostela del siglos XV”, *Estudis Castellonenecs*, n. 6, 1994/95, p. 1.455.

² Sobre esto, número monográfico de *Studia Monastica* en 1972. Véase, por ejemplo, E. Fort Cogul, “Las desamortizaciones del s. XIX y su repercusión en Santa Creus”, *Studia Monástica*, 1970, p. 291 y ss, 1971, p. 105 y ss. y 1972, p. 183.

tre la declaración de estas bibliotecas como bienes nacionales en 1789 y su expropiación y dispersión en 1792, etc.³ Esos problemas se perciben claramente en los inventarios gallegos y nos remiten con frecuencia a la dudosa cualificación de quienes los realizaron, normalmente, funcionarios de la administración pública que tenían como misión inventariar bienes raíces y muebles pero a los que no se formó para una tarea que exigía no sólo registrar, sino seleccionar libros, si bien fueron asesorados por miembros de las órdenes suprimidas. En esos casos los inventarios no pasan de ser listados rápidos de autores y títulos sin más precisión, pero en aquellos otros, como Santiago, en los que fueron realizados por componentes de las Sociedades Económicas de Amigos del País designados al efecto, la calidad del registro se incrementa notablemente, haciéndose constar además de autores y títulos, la lengua, año y lugar de impresión, número de volúmenes, tipo de encuadernación y tamaño. Lo dicho provoca diferencias formales muy notables que impiden con frecuencia identificar las obras y, por lo tanto, hacer comparaciones, pero no constituyen más que inconvenientes menores en comparación con los que genera la selección hecha por los desamortizadores y que implicó dejar fuera de inventario los libros que se consideraron “*inútiles a las ciencias y a las artes*”. Finalmente, habrá de tenerse en cuenta que se inventariaron sólo los libros “institucionales” dejando fuera los de propiedad personal de los monjes o frailes. Habría que añadir además los efectos que en algunos casos pudieron tener los estragos provocados previamente por la invasión francesa, por las desamortizaciones realizadas con ocasión del Trienio Liberal y los expolios que pudieron producirse desde el momento de la Exclaustración en 1833 y la elaboración de los inventarios en 1835/36⁴.

Hechas estas precisiones, no cabe duda de que los inventarios son sumamente útiles como indicadores del estado de las bibliotecas en los últimos momentos del Antiguo Régimen y, en cualquier caso, de la mentalidad de los desamortizadores, ya de por sí sumamente reveladora de la actitud de prevención contra las bibliotecas de monasterios y conventos. Por otro lado, a la hora de evaluar el conjunto libresco institucional, hay que tener en cuenta aquellas bibliotecas que se expropiaron antes, como las de los colegios gallegos de la Compañía de Jesús, incorporadas en gran parte a la Universidad de Santiago, las que no se expropiaron nunca -es el caso de la arzobispal compostelana y la del cabildo catedralicio-, y las que se beneficiaron de la expropia-

³ D. Dinet, “Les bibliothèques monastiques de Bourgogne et de Champagne su XVIIIe. siècle”, *Histoire, Economie et Société*, 1983, p. 281.

⁴ Así lo indicaría la diferencia entre los casi 14.000 volúmenes que aparecen en el índice de la biblioteca de S. Martín Pinarío a principios del XIX y los 12.093 que figuran en el inventario de expropiación de 1836, o los 5.373 que suma el índice de S. Francisco de Santiago de 1761 y los 4.435 de su inventario de 1836; sin embargo, también hay casos a la inversa, de modo que el convento de mercedarios de Conxo tenía 2.454 volúmenes en 1802 y 2.634 en 1836.

ción de todas las demás, tal es el caso de la universitaria, receptora de las de la Compañía y beneficiaria por el decreto de 12-XII-1835 de las librerías de los dominicos, los mercedarios y benedictinos compostelanos, aunque no todos esos libros pasaron a su propiedad⁵.

Aunque a expensas de que puedan aparecer otros, el tamaño medio que reflejan los inventarios de 1835/36 correspondientes a treinta de bibliotecas de monasterios y conventos masculinos⁶ -de los 72 existentes en Galicia-, es de casi 1.780 volúmenes, lo que nos sitúa ante librerías de pequeña envergadura -véase tabla al final-, pero ese dato es escasamente significativo, de modo que si se excluye la de los benedictinos de Santiago desciende a 1.426. En realidad, existen diferencias considerables tanto si se tiene en cuenta la ubicación de las instituciones como la orden a la que pertenecían o si tenían o no la condición de colegios de la propia orden. Así, los monasterios y conventos de la ciudad de Santiago, tenían una media de 4.386 volúmenes -2.846 sin S. Martín Pinarío-, y, en conjunto, los de núcleos urbanos 2.980 -1.892 haciendo la misma exclusión-, quedándose los de villas y núcleos rurales en 1.085. Como dato complementario conviene señalar que en las dependencias de los prioratos rurales de las grandes abadías y conventos ricos rara vez aparecen otros libros que los litúrgicos. Desde el punto de vista de las órdenes, la distribución es como sigue:

	Casos	Volúmenes	Media
Terceros franciscanos	2	5.820	2.910
Franciscanos menores	12	14.962	1.247
Dominicos	4	3.760	940
<i>Id. excluido S. Domingo de Lugo</i>	3	3.633	1.211
Agustinos	2	5.028	2.514
Cister/Benedictinos	8	20.260	2.533
<i>Id. excluido S. Martín Pinarío</i>	7	8.167	1.167
Otros	2	3.552	1.776
Total	30	53.382	1.779

⁵ *Cinco siglos de Historia Universitaria*, Santiago, 1995, artículos de J.M. Díaz de Bustamante, “Bienes culturales de la Compañía”, p. 280, y M. V. Pardo Gómez, “El patrimonio bibliográfico”. A todas luces, en la Desamortización de 1835/36, la Universidad compostelana no recibió un contingente parecido al de la Universidad de Barcelona, 133.855 libros (A. Serra de Manresa, “Aproximació a les biblioteques dels caputxins setcentistes del Principat: clàssics, escolàstics i novators”, *Pedralbes*, n. 15, 1995, p. 265 y ss.).

⁶ D. Dinet empleó en su estudio, ya citado, 21 de 160, por lo que la muestra aquí utilizada nos parece ampliamente significativa. Debe tenerse en cuenta que si bien hemos localizado muchos otros inventarios de bienes muebles de instituciones religiosas, no figura el catálogo de libros; las treinta de que disponemos representan a 13 de las 24 casas franciscanas gallegas, 2 de las 3 de los Terceros, 4 de las 12 de dominicos, 2 de las 3 agustinas, 8 de las 22 cistercienses y benedictinas, una de las dos mercedarias y la única de los carmelitas; sólo quedan fuera cuatro órdenes minoritarias que disponían de 8 conventos.

Con exclusión de la biblioteca de S. Martín Pinarío de Santiago, las desigualdades se saldan en beneficio de los franciscanos terceros del Sti. Spiritus de Melide y de Sta. Catalina de Montefaro, cuya condición de colegios de la orden explica sin duda las dimensiones de sus librerías, pero esas cifras castigan a aquellas que sobresalen sin ningún género de dudas, esto es, la ya mencionada biblioteca de S. Martín, magnífica con casi 14.000 volúmenes a principios del XIX, o las de los franciscanos y agustinos de Santiago, más modestas si se comparan, por ejemplo con bibliotecas conventuales catalanas de la misma época, pero importantes en el conjunto gallego⁷. Las desigualdades internas caracterizan también a las bibliotecas monásticas de las diócesis francesas de Dijon, Langres y Auxerre, cuyos inventarios expropiatorios de 1790 revelan que las pequeñas abadías perdidas en el mundo rural no solían tener libros y que las bibliotecas más pequeñas, por debajo de 600 volúmenes, coincidían con conventos asimismo pequeños y de órdenes de nacimiento tardío que carecían de implantación en Galicia y que, por lo tanto, no nos sirven como referencia. La mayor parte de las colecciones de esas zonas francesas tenían más de 600 volúmenes: algunas instituciones antiguas, como los benedictinos de Poitiers o los de Molosmes, o los dominicos de Dijon tenían entre 900 y 1.300, lo que sitúa a las gallegas en parámetros parecidos y aún en buen papel respecto a los cistercienses de Pointigny y de Morimond o de los benedictinos de Dijon -entre 3.500 y 6.000-, pero ni por asomo resistirían la comparación con las grandes abadías como Clairvaux.

Características internas de las bibliotecas

Plantearse mediciones de las existencias de esas bibliotecas en número de títulos y volúmenes, la identificación de autores y títulos, lugares y fechas de edición, idioma, tamaño, etc., oculta algo tan complejo como tratar de conocer el bagaje cultural que albergaban las casas del clero regular y la intervención de sus componentes en la actividad intelectual y religiosa observando los instrumentos de los que disponían, es decir, tratando de percibir si tenían en su poder libros acordes con su época y con la sociedad en la que se encuadraban, y si sus lecturas -al menos las potenciales-, se parecían a las de otros sectores, la adecuación de las obras disponibles con las activida-

⁷ Según los inventarios de 1835/36, los dominicos de Barcelona tenían 12.181 títulos, 12.444 los franciscanos, 10.624 los carmelitas, etc.: A. Serra de Manresa, art. cit., p. 265 y ss. y C. Millas i Castellví, "Una aproximación a los Planes de Estudios y a las bibliotecas de los franciscanos de Catalunya (ss.XVI-XVIII)", *Archivo Ibero-Americano*, 1996, p. 385. No parece oportuno hacer una comparación con las dimensiones de las bibliotecas jesuíticas, pero conviene tener en cuenta que en el momento de la Expulsión, el colegio de Granada tenía 29.483 volúmenes, y otros mucho más modestos como los de Zamora o de Burgos pasaban de los 3.000 (B. Bartolomé Martínez, "Las librerías e imprentas de los jesuitas (1540-1757)", *Hispania Sacra*, 1988, pp. 335 y ss.).

des propias del clero regular -la predicación, la confesión, la enseñanza, la simple meditación, etc.-, aunque pocas veces es posible saber si las utilizaban, y si se limitaban a ser receptores pasivos de donaciones de libros, compradores más o menos obligados por sus superiores, conservadores de un patrimonio bibliográfico acumulado durante largo tiempo, o bien si se ocupaban de renovarlos haciendo adquisiciones⁸.

Las fuentes documentales existentes no facilitan, sin embargo, el cumplimiento de un programa tan amplio. Con respecto a los inventarios de 1835/36, la incompetencia, la desidia o el desprecio de los desamortizadores condujo a que realmente no se hiciese inventario de los libros, sino una peculiar evaluación de los fondos con que contaban las distintas instituciones. Así, por ejemplo, dentro de la diócesis de Santiago -podríamos citar casos semejantes en todas las demás-, de la biblioteca de S. Francisco de Noia, inventariada en 1836 y en la que se contabilizaron 834 volúmenes de los que no se dan indicaciones individualizadas, se nos dice sólo que *“por hallarse toda ella...húmeda y con goteras que la hecharan a perder...se halla en un estado deplorable y varios o los más de los libros sin principio ni pasta ni pergamino”*. Lo mismo sucede con los 611 libros de S. Francisco de Louro, *“todos en muy mal estado”* y de los que el funcionario desamortizador sólo dio cuenta de su tamaño, o los 918 de los carmelitas de Padrón, de los que sólo se distinguen 15 volúmenes de las obras de Palafox o los 49 de las de santos padres -Agustín de Hipona, Atanasio, Ambrosio, Basilio, Buenaventura, Alberto Magno, etc.-, considerando que los demás corresponden a *“muchos autores y obras, las más incompletas”*⁹. Para terminar esta enumeración ejemplificadora, en 1835 se hizo un primer recuento de la librería de los franciscanos de S. Antonio de Xobre, del que resultaron 939 tomos, pero de otro elaborado pocos meses después resultaron 1.260; en el primero se intentó una clasificación, que concluyó en calificar muchos de los libros como *“muy viejos y destruydos”* o *“muy usados”*, por lo que se les denegó cualquier valoración positiva: 40 fueron declarados *“todos inútiles”* por tratar de materias eclesiásticas, 23 como *“folletos viejos e inútiles que tratan de la historia de Don Quijote y otras”* y 79, *“en pergamino, la mayor parte inútiles que tratan de Astrología”*¹⁰. A pesar de ese tipo de comentarios, que reflejan muy bien la mentalidad de quien los hizo, podemos obtener una somera distribución temática de la que resulta, como era de esperar, una biblioteca sobrecargada de sermonarios y discursos morales (366 volúmenes, el 39% del total), como todas las de este tipo; el resto eran obras de teología moral y dogmática (238, el 25.3%), vidas de santos y obritas de piedad (101, esto es, el 10.8%), mística (36, un 3.8%), historia ecle-

⁸ Este programa refleja en algunos aspectos el de D. Dinet, art. cit., p. 282.

⁹ Los inventarios mencionados proceden del leg. 1920 del Archivo Histórico Nacional (en adelante, A.H.N.), sección de Clero.

¹⁰ A.H.N., Clero, leg. 1919.

siástica (33 volúmenes, el 3.5%, casi en exclusiva dedicados a la propia orden franciscana), liturgia (12, el 1.4%), “*física y algunas cuestiones teológicas*” (21, el 2.2%) y los ya indicados de astrología, de lo que cabe dudar, literatura laica y materias eclesiásticas de difícil catalogación; ignoramos las materias a las que respondían los 321 volúmenes más que aparecen en el segundo de los recuentos y, por lo tanto, es arriesgado afirmar que entre ellos pudiesen estar el mayor número de obras de historia eclesiástica que cabría esperar por lo que sabemos de otras bibliotecas franciscanas.

Por lo dicho ya al respecto de sus inventariadores, para estudiar el caso compostelano contamos con listados mucho mejor elaborados pero también, a su vez, las bibliotecas de la ciudad contaban con un cierto orden y estaban mejor cuidadas, lo que nos permite contar con índices de uso interno anteriores a la Desamortización y hacer algunas comparaciones. Como dato básico, conviene tener en cuenta que las bibliotecas institucionales compostelanas eran a fines del Antiguo Régimen las correspondientes a los monasterios y conventos, la arzobispal, la capitular y la universitaria, por lo que salvo esta última, se trata de bibliotecas eclesiásticas; este denominador común que suele reflejar su mayor o menor dedicación a la predicación y al confesionario está, sin embargo, matizado en casi todos los casos -los mercedarios, dominicos, agustinos, benedictinos y, tardíamente, franciscanos-, por su vinculación con las cátedras universitarias de las que en unos casos fueron responsables hasta la reforma del Plan de Estudios de la Universidad en 1772, y en otros las ocuparon mediante oposición. De la formación de unas y otras estamos en general mal informados, aunque ya hemos dado cuenta en otras ocasiones de que los espolios de los propios frailes, las donaciones y las compras eran la vía normal de incorporación de libros; en esta ocasión podemos aportar datos interesantes sobre la más importante de todas ellas, la de S. Martín Pinarario.

Los inventarios realizados en las bibliotecas de las órdenes religiosas de Santiago en 1835/36 son bastante semejantes entre sí y en general su calidad es aceptable. Los de cuatro conventos no constituyen una simple enumeración de los libros, sino que responden a la clasificación ordenada por la administración y, por lo tanto, distinguen aquellos que por su estado material -los “*incompletos, rotos, desojados y casi podridos y obras descabaladas*”-, fueron declarados “*absolutamente inútiles*” y, por lo tanto, se contabilizaron pero no se inventariaron, de aquellos otros que fueron “*inventariados, aunque desechados como insignificantes a las ciencias y a las artes*”, que constituirían un sector de valoración intermedia, y de los “*eligidos como de alguna importancia a las mismas*” y que, por lo tanto, la administración se reservaba para adjudicarlos luego a las instituciones civiles que pareciera más conveniente. El resultado de esa clasificación no puede ser más expresivo:

	S.Francisco	S.Lourenzo	Merced	S.Agustín
Útiles	155	3	181	327
%	3,5	0,3	6,9	9,5
Inútiles	1.296	370	1.140	1.575
%	29,2	37,0	43,3	45,7
Deteriorados	2.984	628	1.313	1.545
%	67,3	62,7	49,8	44,8
Total	4.435	1.001	2.634	3.447

Tomando como ejemplo el de los agustinos, que sin duda ofrece la mejor imagen a los ojos de los desamortizadores dado el conjunto de libros útiles a las ciencias y a las artes que pudieron extrear de ese convento, podemos recomponer el contenido de 1.902 volúmenes, el 55.2%, correspondientes a 1.030 títulos que la identifican como una biblioteca barroca, sin duda, de modo que sólo un 4.2% de esos títulos era anterior a 1550 y sólo un 40.9% posterior a 1700, pero también más actualizada que otras compostelanas y en consonancia con las bibliotecas monásticas francesas -en las que en 1790 los libros del s. XVIII oscilaban entre el 37 y el 45%¹¹-, debido en gran parte, a que el convento de S. Agustín fue una fundación tardía en Santiago -los agustinos fueron atraídos de su casa de Arzúa por el arzobispo D. Juan Beltrán de Guevara en 1617, aunque su consolidación como comunidad en Compostela es un poco posterior-, y a que, tras la reforma universitaria de 1772 y, en especial a principios del siglo XIX, los agustinos llegaron a ser los frailes que desempeñaban mayor número de cátedras en la Universidad compostelana.

El conjunto que nos es dado conocer se caracteriza además por el aplastante porcentaje de títulos publicados en España (el 54.9%) y de los escritos en latín (55.1%), así como por la importancia del sector temático relacionado con la religión, de modo que un 32.8% son obras de teología -mística en un 10.6% y moral en un 9.2%-, predicativos -una décima parte-, comentarios bíblicos (9.9%), santos padres (4.5%), liturgia, concilios, hagiografía, reglas de las órdenes religiosas, cartas pastorales, doctrina, bulas, índices inquisitoriales, etc., hasta sumar un 61.7% del total de títulos; el resto corresponde al derecho civil y canónico (7.6%), historia civil y eclesiástica (6.8%), filosofía (3.9%), ciencias (3.2%), literatura (4.8%, más clásica que moderna), piezas de oratoria civil, artes, publicaciones periódicas, etc. y 135 títulos, el 13.1%, a una diversidad imposible de clasificar.

¹¹ D. Dinet, art. cit., p. 290.

Reteniendo por su interés el sector seleccionado por los desamortizadores, al margen de las materias, está claro que entre las obras “útiles” se primó el criterio de actualidad relativa, fiada sólo a la fecha de edición:

	Inútiles		Útiles		Total	
	n.º	%	n.º	%	n.º	%
Se ignora	23	2.7	10	5.1	33	3.2
1500/49	33	3.9	10	5.1	43	4.2
1550/99	137	16.4	12	6.1	149	14.5
1600/49	161	19.3	21	10.8	182	17.7
1650/99	182	21.8	20	10.2	202	19.6
1700/49	139	16.6	20	10.2	159	15.4
1750/99	153	18.3	96	49.2	249	24.2
1800/34	7	0.8	6	3.0	13	1.3
Total	835	100.0	195	100.0	1.030	100.0

No hay la menor duda de que la divisoria cronológica del libro “útil” la marca 1750. En realidad, si sólo el 11.3% de los libros anteriores a esa fecha son calificados positivamente por los desamortizadores, el 38.9% de los posteriores a 1750 merecen esa misma calificación. Los 195 títulos elegidos responden a temas muy bien definidos, aunque no todos los libros de esas materias fueron salvados, claro está:

	Títulos	%	% del total
Ciencias	30	15.4	90.9
Literatura clásica	26	13.3	81.3
Literatura moderna	11	5.6	73.3
Gramáticas/diccionarios	14	7.2	100.0
Filosofía	19	9.7	46.3
Historia	30	15.4	56.6
Derecho/pensamiento político	15	7.7	34.9
Teología	14	7.2	4.1
Otros	36	18.4	—

El sentido de utilidad deja fuera la mayor parte de los libros de teología, casi todos los títulos de derecho canónico y los comentarios de la Biblia, y prima claramente la aplicación práctica, como puede deducirse de los cuatro primeros epígrafes de la tabla anterior, de los que se deduce que se seleccionaron casi todos los que la librería tenía en ese momento. De los 195 títulos “útiles”, 126 eran ediciones españolas, madrileñas en su mayoría, y en muy inferior medida, francesas e italianas -21 en cada ca-

so-. El predominio del castellano es amplio, 111 títulos, seguido del latín con 62, de modo que sólo una pequeña parte estaba en lenguas europeas modernas; la accesibilidad idiomática de esos textos parece así otro criterio de selección.

De las bibliotecas monásticas y conventuales compostelanas en su conjunto puede decirse que el principio rector básico era otro tipo de "utilidad", bien distinto del que buscaban los desamortizadores, y que se identificaba con la formación de novicios y profesos en la regla y en la vida adecuada a cada orden, de modo que el dominio de lo religioso era la base de sus fondos libresco. Lo que distinguía a unas de otras era la dedicación de cada orden e incluso de cada casa, desde la predicación popular de mercedarios y franciscanos, a la erudición histórica y teológica de los benedictinos, pasando, necesariamente, por la educación universitaria que bajo su responsabilidad tenían unos y otros en sus cátedras de la Universidad compostelana. El segundo principio era el control y la censura interna que mantenía a los libros prohibidos en estancias separadas y bajo la supervisión de los superiores que decidían en última instancia quienes tendrían acceso a esos libros, pero este principio no excluye en ningún modo la incorporación e incluso la adquisición de esas obras, presentes en casi todas las bibliotecas eclesiásticas. El tercer principio, que marcó mucho el carácter de las bibliotecas, era la fidelidad a la propia orden religiosa y a las órdenes afines, de modo que la producción bibliográfica de los componentes de estas constituye siempre el contingente más definido y numeroso. Tres ejemplos compostelanos muestran las similitudes¹²:

	Franciscanos 1761		Mercedarios 1802		Dominicos 1836	
	n.º	%	n.º	%	n.º	%
Predicativos	1.222	22.7	534	21.8	457	16.8
Teología	1.700	31.6	806	32.8	841	31.0
Filosofía	257	4.8	244	9.9	175	6.5
Sag.Escr./SS.PP.	657	12.2	256	10.4	334	12.3
Concilios/Ritos	418	7.8	64	2.6	*	*
Derecho civ./can.	384	7.2	106	4.3	463	17.0
Historia	471	8.7	397	16.2	249	9.2
Ciencias/letras**	264	4.9	47	1.9	194	7.2
Total	5.373	100.0	2.454	100.0	2713	100.0

* Incluidos en Derecho civil y canónico. ** Incluye: ciencias, literatura clásica y moderna, artes y otros.

¹² Los datos de la biblioteca de S. Francisco proceden del índice elaborado en ese año, custodiado en dicho convento y cuya consulta nos fue facilitada por el P. J. García Oro, lo que le agradecemos profundamente; los de la Merced de Conxo, del artículo ya citado de G. Placer y los de Sto. Domingo de Bonaval de A.H.N., *Clero*, leg. 1935.

En las tres bibliotecas, a pesar de los espacios temporales que median entre los distintos controles, se otorga una extraordinaria importancia a los libros que orientan la predicación, bien en forma de sermones de oradores reconocidos, bien en forma de manuales orientativos, lo que explica que en su mayoría estuviesen en castellano. La teología en sus tres variantes abarca un tercio del total, aunque la dogmática es más abundante que la mística y la moral; la filosofía es más abundante entre los mercedarios, en especial la moral. El fondo de libros de Historia tiene valores semejantes, tratándose en su mayoría de obras de historia eclesiástica, y el pequeño sector de ciencias se dedica en su mayor parte a la medicina. A pesar del evidente escoramiento hacia temas religiosos, eran bibliotecas adaptadas a sus necesidades y a su época, de modo que reflejan más las inquietudes espirituales de los componentes de cada convento que una inquietud cultural o científica; de los libros se extraía la información básica para la predicación, la acción parroquial, la pedagogía escolar y la docencia universitaria, por eso, bajo una apariencia tradicional son, en esencia, bibliotecas con un fuerte sentido práctico, pero lejos del utilitarismo material.

La biblioteca de S. Martín Pinario

Siendo la más nutrida de Santiago hasta que la universitaria incorporó el grueso de las bibliotecas jesuíticas de Galicia y algunas importantes donaciones, lo cierto es que no resulta fácil establecer sus dimensiones y caracteres a lo largo del tiempo. Las primeras noticias con las que contamos proceden del cronista Ambrosio de Morales, en cuyo *Viaje a Galicia de 1572* afirma que el monasterio de San Martín “no tiene reliquias notables, ni libros antiguos, sino una librería que va haciendo el abad que agora es, muy rica en lo impreso”¹³. La perspectiva anticuarial a través de la que el erudito inspeccionó todas las bibliotecas y archivos gallegos, leoneses y asturianos impide aceptar sin cuatela su juicio, atento sólo a la búsqueda de joyas bibliográficas con las que enriquecer la biblioteca de El Escorial, pero habrá de reconocerse que la de S. Martín fue la única que dejó a salvo de críticas, sin tener en cuenta que los monasterios gallegos estaban saliendo por entonces de un prolongado proceso de reconstrucción material y moral en el que, sin duda, debieron dar preferencia a otras preocupaciones.

Hasta el siglo XVIII no disponemos de fuentes que ofrezcan mayor precisión y aún entonces no es fácil hacer evaluaciones debido a la desigual calidad de los índices que se conservan y, sobre todo, a la diversidad de criterios con los que se elaboraron.

¹³ A. de Morales y Oliva, *Viaje...a los Reynos de León y Galicia y principado de Asturias*, ed. de Madrid de 1975, p. 131.

El primero con el que contó el monasterio parece haber sido el conluido en 1705 y obedece a un excéntrico sistema clasificatorio -ajeno completamente al que recomendaba para las bibliotecas benedictinas Jean de Mabillon en su *Tratado de los estudios monásticos*-, en el que se mezclaron el orden alfabético por autores o por títulos de obras y, dentro de cada letra por materias, con un orden por tamaños, lo que realmente dejaba la resolución de cualquier consulta en manos sólo de quien lo había elaborado¹⁴. En total, se registran 2.478 entradas -por nombres, apellidos o títulos, sin más datos-, de cuya clasificación letra por letra obtenemos el siguiente resultado: un 28.2% corresponden al epígrafe de “expositivo” -en el que entran, sobre todo, las obras empleadas para la explicación de la Escritura-; un 15.8% al de “historia”, lo que incluye tanto la civil como la eclesiástica, pero también numerosas constituciones y ordenanzas de diversas instituciones, que poco tienen que ver con esa adscripción; un 25.9% al enunciado de “escolástico”, que agrupaba teología escolástica, moral, filosofía y derecho canónico; un 14.6% a “poesía y letras humanas”, que reunía, en efecto, obras poéticas y de otros géneros literarios, pero también matemáticas, política, astrología, agricultura, metereología, etc.; un breve epígrafe, denominado “eclesiástico”, con sólo 81 entradas, el 3.3%, ocultaba los libros que por su materia no se adecuaban con facilidad a los otros dedicados a religión; un 8.9% correspondía a la “mística”, sector clasificado sólo por orden alfabético de títulos “*por nos parecer que deessa manera serán más bien buscados delos devotos mysticos*” y, finalmente, 79 entradas, el 3.2%, se encontraban bajo un epígrafe monográfico dedicado a obras de medicina.

En la actualidad se conserva otro índice¹⁵ cuya fecha no es posible establecer con precisión por cuanto no se hace constar y al que, por eso mismo, el P. José Noguera, autor del último y más importante índice de S. Martín Pinario, consideró elaborado en 1700; posteriormente, se le atribuyó la fecha de 1723 y a la autoría de los PP. Fray José Lasanta y Fray Bernardo Foyo, pero tampoco parece correcto por cuanto figura incluido el *Teatro Crítico* de Feijoo, cuya publicación aún tardaría unos años. Este otro índice está también ordenado por materias pero en secciones excesivamente amplias -a pesar de lo cual, según el bibliotecario Noguera, su autor “*merece más alabanzas y bendiciones, que nos ha dejado este monumento de su trabajo y saver el*

¹⁴ Este índice se encuentra en Archivo Histórico Universitario de Santiago (A.H.U.S.), *Universidad, Serie Histórica*, leg. 535. En sus advertencias iniciales, su autor, el P. Fray Benedicto Correa, justifica ese orden “*por quanto muchos autores son más conocidos por los apellidos que por el nombre; otros al contrario, más por el nombre que por el apellido; y otras, finalmente, ni por lo uno ni por lo otro, sino solamente por el título de las obras*”; haciendo constar además que “*por quanto muchos autores graves han compuesto algunos opúsculos...los quales no se pudieron juntar a las obras principales por la desigualdad de los cuerpos*” y, por lo tanto, se pusieron en cajones aparte.

¹⁵ Biblioteca de la Universidad de Santiago (B.U.S.), *Manuscritos*, Ms. 236.

más antiguo en este género de literatura"¹⁶- y aunque resulta difícil evaluar el número de volúmenes que contenía la librería por la falta de precisión y por los constantes añadidos y supresiones de obras, el P. Nogueraela contabilizó en él unos 6.000 volúmenes, lo que, al menos en apariencia, permite deducir en un notable crecimiento respecto a comienzos del XVIII. Todo hace pensar que sobre ese índice, los bibliotecarios Fray José Foyo¹⁷ y Fray José Lasanta, fueron anotando las nuevas adquisiciones, lo que, acompañado de la falta de precisión y de la amplitud de las clasificaciones, lo hacía tan poco útil a sus contemporáneos como a los historiadores.

Es del índice de 1777, elaborado en tiempos del abad Fray Agustín Muro, del que puede obtenerse una cifra global mucho más próxima a la realidad, 10.364 volúmenes, aunque "*no entran en este número varios folletos, Mercurios ni manuscritos*"¹⁸, pero sí los duplicados. Su autor, por lo tanto, dejó fuera de clasificación no ya los manuscritos, sino, lo que parece más relevante, los folletos y la prensa periódica - quizá considerándolos como géneros menores-, siguió un ordenamiento por estantes y este a su vez un inútil sistema clasificatorio en el que se mezclaban materias o se incorporaban todos los duplicados a aquellas secciones a las que el autor otorgaba una importancia inferior. Su orden, que distingue a los libros en cuatro grandes secciones denominadas A, B, C y D, es muy complejo y revela, en realidad, la extraordinaria dificultad de hacer una clasificación por materias, de modo que, debido a la confusión temática de cada epígrafe, que derivaba seguramente del orden de tamaños, es poco expresivo de la distribución de contenidos de la biblioteca, pero en sí mismo es sintomático de un modo de concebir una librería y de entender el uso de los libros¹⁹:

A) Santos padres, autores dogmáticos, teología escolástica y moral, liturgia y disciplina monástica, mística, historia eclesiástica e historia profana: 3.288 volúmenes, esto es, 31.7% del total.

B) Teología escolástica y moral, mística, geografía, historia eclesiástica, historia profana y poesía: 2.588 volúmenes, 25.0%.

¹⁶ El P. Nogueraela lo elogia "*por su buena elección en que lo arreglase a materias o facultades*", pero, añade, "*ojalá hubiese descendido a más divisiones, esto es que dentro de lo expositivo distinguiera con título aparte las Biblias de los Expositores y aun de los Santos Padres y el Viejo del Nuevo Testamento*", ib. ib., s.f.

¹⁷ De este monje dice Nogueraela que "*estaba adornado de las virtudes monásticas, de mucho amor al retiro, al estudio, a la escritura y sobre esto, de rara curiosidad y limpieza en sus escritos*", B.U.S., Ms. 586, s.f. En el acta consistorial de S. Martín de 3-V-1765 es nombrado bibliotecario, junto con el P. Seoane, "*para que ordenen la librería y hagan nuevo índice*".

¹⁸ Es el denominado "Índice General" elaborado en 1777, que parece más bien una guía de localización, B.U.S., *Manuscritos*, Ms. 592, s.f.

¹⁹ Véase al respecto la obra de R. Chartier ya citada y F. Bouza Alvarez, *Del Escribano a la Biblioteca*, Madrid, 1994.

C) Expositores sagrados, derecho canónico, derecho civil, filosofía, medicina, matemáticas, letras humanas y diccionarios: 2.703 volúmenes, 26.1%.

D) Expositores sagrados y predicadores, derecho canónico y civil, gramática y filosofía y letras humanas: 1.364 volúmenes, 13.1%.

En las secciones C y D se daba entrada a los duplicados, por lo que el caos estaba garantizado, y se dejaban fuera de clasificación 421 volúmenes, el 4.0%, pero el incremento en el número de libros queda fuera de toda duda con respecto al índice anterior. La biblioteca todavía crecerá en los años restantes del siglo XVIII, de modo que en el momento de la conclusión del último índice por el P. Noguera, a comienzos del XIX, contenía 13.849 volúmenes, lo que nos sitúa ante la mayor biblioteca compostelana -debe tenerse en cuenta que en 1794 la de la Universidad contaba con 10.495 volúmenes, incluyendo la prensa periódica-, y ante cifras que dejan en buen lugar a los benedictinos compostelanos con respecto a sus hermanos franceses ya citados -incluso por encima de diversos monasterios de Dijon, Langres y Auxerre-, y sin duda muy por encima de otras casas benedictinas más próximas, tal es el caso de la abadía portuguesa de Tibães²⁰, que con 3.218 obras era considerada la mayor de su provincia eclesiástica, o la de S. Vicente de Oviedo, que según un índice interno tenía 2.488 volúmenes en 1831. Antes, no obstante, de analizar la biblioteca de S. Martín a través del índice del P. Noguera, daremos cuenta de las últimas evaluaciones de la librería de las que tenemos noticia y que se corresponden con las operaciones de la Desamortización: según el inventario realizado ante el abad del monasterio y el Delegado de Arbitrios del partido de Santiago en 1836 siguiendo el orden de ubicación de los libros en los estantes²¹, la biblioteca tenía por entonces 12.093 volúmenes, en los que se incluían 461 “prohibidos” (3.8% del total) y 1.387 sin clasificar, por ser en su mayoría “*insignificantes*” o de pequeño tamaño; en su mayor parte se incorporaron a la Universidad después de prolongadas disensiones, idas y venidas, con el arzobispado, por lo que las pérdidas cuantitativas continuaron²².

El índice más importante de la biblioteca de S. Martín carece de indicaciones precisas sobre su autor y su fecha de elaboración²³, pero algunas noticias dispersas per-

²⁰ L. A. de Oliveira Ramos, “Os monges e os livros no século XVIII: o exemplo da biblioteca de Tibães”, *Bracara Augusta*, 1981, p. 497 y ss.

²¹ A.H.D.S., *S. Martín*, leg. 69/60.

²² En el inventario realizado en 1843 por los comisionados del claustro universitario de las obras recibidas del comisionado de Amortización, se cuentan 8.699 volúmenes con autor y título pero sin otros datos, 385 prohibidos y 1.112 de “*obras descompuestas, las que estaban depositados para hacer completa a alguna que por ser faltosa a ella le conviniese*”; en total, 10.185 volúmenes (A.H.U.S., *Universidad, Serie Histórica*, leg. 535).

²³ Se custodia en la B.U.S., Ms. 593 (autores de la A a la F), 586 (de la F a la M) y 583 (de la F a la Z), si bien este último es en realidad un borrador que permite completar el texto definitivo, cuyo autor no pudo pasar de la letra L.

miten deducir lo uno y lo otro. Empezando por lo segundo, consideramos que se realizó de forma escalonada desde comienzos de los años noventa del siglo XVIII -coincidiendo con el apogeo de esta biblioteca-, toda vez que se cuentan ya como títulos incorporados aquellos que en su huida de Francia y su posterior estancia en Santiago, trajeron los benedictinos de Saint Germain des Prés, acogidos por sus hermanos de religión en San Martín a fines de 1789, mientras que la fecha final vino impuesta por la invasión francesa y la irrupción de las tropas galas en Santiago²⁴; si bien el número de títulos posteriores a 1790 es muy reducido, sólo 127 títulos, lo que es atribuible a las diversas interrupciones que sufrió su elaboración. En efecto, su autor, el P. Maestro Fray José Nogueuela fue predicador mayor en San Martín de Madrid desde 1793, en donde residió por largo tiempo, interrumpiendo así su obra; esta interrupción tuvo como consecuencia un considerable desorden en su trabajo²⁵, hasta que en 1802 Nogueuela, retornado a Santiago, fue investido de todas las facultades para el buen gobierno de la biblioteca²⁶, procediendo a continuar su labor. Esta concluyó con un índice que resulta el más completo y riguroso, de modo que su paciente autor anotó con cuidadosa letra y en orden alfabético de autores, los títulos, fechas de impresión y características externas de cada libro.

Todos esos datos dicen poco del monje que llevó a cabo una labor tan ingente, pero son muy expresivas sus anotaciones marginales, especialmente las referidas a su concepción de las bibliotecas y del trabajo de los bibliotecarios. Así, en el epígrafe “índices”, anota que *“llegamos a nuestro artículo general propio de los bibliotecarios, a quienes incumbe la suma vigilancia en custodiar los antiguos y todos los anteriores a su edad y ministerio, examinarlos, aumentar los suplementos y a veces formar con ellos y con las adiciones un cuerpo completo”*, de lo que se infiere que no desaprovechó los ya existentes en la biblioteca de S. Martín, si bien expresa *“nuestras quejas por el mucho descuido que ha habido en este particular”*²⁷. En esa línea argumental, el M. Nogueuela nos informa con fina ironía de que el primer índice con que contó la biblioteca se hubiese hecho después de 1700, lo que demuestra *“la mucha afición de los maestros de aquel tiempo a la lectura”*. Todas las deficiencias de sus antecesores son imputadas por Nogueuela al desconocimiento de guías prácticas como la de J. Garnier, *“por theologos y maestros que han sido, que no llevaron bien nuestros trabajos*

²⁴ El autor del índice confirma esa fecha final en B.U.S., Ms. 586, s.f., epígrafe “Índices”.

²⁵ Durante su ausencia *“todos vinieron a él (el índice) como a una letrina... a tiznarlo, mancharlo, borragearlo”*, achacando buena parte del estropicio a un *“amanuense idiota”*, ib. id.

²⁶ En 30-VI-1802 en el “Libro de asiento de los libros que se sacan de esta librería” (B.U.S., Ms. 452, f. 16) afirma tener las mismas facultades que antes de él habían tenido los Maestros Foyo y Seoane, *“para la administración, custodia, y arreglo de esta librería”*, lo que incluía poder llevar manuscritos a su celda y trabajar sobre ellos.

²⁷ Las citas proceden de B.U.S., Ms. 586, s.f.

y algunos con poca vergüenza se dejaron decir que bastaba un índice que enseñase un cajón o sitio donde estuviere el libro, como si no fuere de extrañar el que las obras de Galeno estuvieren juntas con las de San Agustín”. Asimismo, el bibliotecario Noguera se manifestaba con escándalo sobre la actitud del monasterio ante esta cuestión y se preguntaba si una institución tan nutrida de monjes no podía destinar algunos “a este género de literatura (los índices) que nos dejasen algunas memorias del estado de la biblioteca o de los libros que necesariamente habían de poseer” lo que hace extensivo al cuidado de los manuscritos, de los que “no se diría sino que la invención de la typographia fue una señal para que nuestros monjes los despedazasen”. Por la misma razón, el P. Noguera se consideraba investido de una misión “redentora” y pensaba que “esta empresta atrevida está reservada para nosotros y a pesar de la ninguna opinión de ciencia y de autoridad que nos garantase”.

El planteamiento crítico que se observa en esos comentarios es una constante del autor del índice, que se deja ver también respecto a autores y obras, pero sobre todo destaca su rigor a la hora de ejecutar su tarea como bibliotecario, por lo que él mismo esperaba, sin falsa modestia, “que nuestros sacerdotes nos hagan justicia que nos merecemos y nos den las gracias por el inmenso trabajo que nos hemos tomado”. Si este reconocimiento puede hacerse por los historiadores del presente, también ha de tenerse en cuenta que su labor se vio facilitada por diversos instrumentos de trabajo de los que la biblioteca de San Martín estaba bien surtida y por modelos que Noguera siguió muy de cerca; entre estos últimos se atuvo al sistema del Índice del monasterio benedictino de S. Martín, de Madrid y entre los primeros, al *Systema Bibliothecae* de J. Garnier, elaborado en su día para la clasificación de las bibliotecas de la Compañía de Jesús, y al *Tratado de los estudios monásticos* de J. Mabillon, redactado a su vez para componer una biblioteca eclesiástica y, más en concreto, para orientar la composición de las bibliotecas benedictinas²⁸. Sin embargo, ese seguimiento fue exclusivamente técnico, toda vez que sólo de un modo parcial se atrevió Noguera a hacer una clasificación de las obras por materias; no excluyó sin embargo, ni los folletos, ni la prensa periódica y dio entrada a las obras prohibidas, que aparecen en el listado general y no segregadas como en otros índices.

El bibliotecario Noguera adornó los márgenes con comentarios sobre algunas obras que lo identifican como poseedor de amplias lecturas pero de juicios muy tradi-

²⁸ De la obra de J. Garnier (*Systema bibliothecae Collegii parisiensis*, París, 1678) dice Noguera que es “muy útil a los que quieren poner en orden las grandes bibliotecas y de que nos hemos servido en la nuestra”, aunque probablemente empleó también el *Catalogue de la Bibliothèque de la Maison des Jésuites*, publicado en París en 1768. De Mabillon, su *Traité des études monastiques... avec un catalogue de livres choisis pour composer une bibliothèque ecclésiastique...*, ed. de París, 1692; manejamos esta edición y su traducción al castellano realizada por un monje benedictino de Valladolid publicada en esa ciudad en 1779.

cionales. Destacaremos aquellos que mejor sirven para reflejar la personalidad del monje, como por ejemplo, su anotación a las obras de Jansenio, en la que considera que *“aun en nuestros días no están bien extinguidos los jansenistas, no tanto por las proposiciones condenadas de su jefe, quanto por otras nuevas libertades que se han tomado bajo el especioso título de Reformas sin sumisión a los pontífices”*; el abierto antijansenismo del benedictino concuerda con el de su orden y, por lo tanto, no es sorprendente. No es el único comentario referido a un pensador religioso, toda vez que el jesuita Leonardo Lessio es objeto de sus ataques, no por toda su obra, sino por su colección *“adversus haereses”* (Lyon, 1621), a la que acusa de falta de claridad y, sobre todo, de falta de calidad para ser incluido entre los especialistas antiheréticos que participaban en la colección²⁹. Los demás comentarios se dirigen a autores clásicos como Luciano -al que, haciéndose eco de opiniones ajenas, califica como *“Voltaire de los griegos”*³⁰-, o a pensadores políticos como Maquiavelo, cuyas obras -de las que en S. Martín sólo había ediciones muy tardías de *El Arte de la Guerra* y de la *Historia de Florencia*, impresas en Amsterdam a fines del XVII-, consideraba *“justamente prohibidas”* por cuanto *“profesó el crimen y en su vejez lo consumó dando lecciones de impiedad y trastornando las bases del Imperio”*³¹. Se dirigían también contra filósofos como J. Locke y Leibnitz; del primero la biblioteca de S. Martín sólo tenía la edición tardía de sus *“meditaciones”*³² -que *“también justamente se prohibió”*-, pero hacia cuyo autor el M. Noguera se muestra respetuoso, considerándolo como *“un cortesano mui profundo...pero favorable a los materialistas”*; no trata así a Leibnitz, a quien califica como *“inventor del optimismo y, en asuntos de religión, protestante luterano, bien que sus obras no están prohibidas...pero poco hai que fiar...”* Finalmente, se ocupó de dos historiadores, Gregorio Letti y Gregorio López Madera, ambos caracterizados por su escaso espíritu crítico; respecto al primero, del que en S. Martín existían varias obras prohibidas y recogidas³³, el benedictino se muestra implacable, tanto por sus

²⁹ *“Es demasiado el honor que se le hace en admitirle por compañero entre los cuatro doctores”, “ganas de incomodar a los indoctos... y por otra parte deseosos de entender lo que leen, ¿quién es capaz de descifrar semejante enigma?”*, Ms. 586, s.f.

³⁰ *“Filósofo y orador griego y de los sobresalientes...pero como dice el Suidas, blasfemo malvado atehista... el Nuevo Diccionario le reputa como un Voltaire de los griegos que ridiculiza hasta las verdades”*, ib. id.

³¹ Considera a Maquiavelo *“hombre a quien pudiera aplicarsele el mellior illi erat sinatus non fuisset para no ser la execración de todo el mundo; desde joven poeta cómico y más distinguido por su desvergüenza de remedar a otros que por su composición”*, ib. id.

³² Es la edición de Amsterdam de 1788 en francés.

³³ La biblioteca del monasterio estaba, ciertamente, bien surtida de obras de Letti, contando con el *Ceremonial histórico-político* (1685), la *Historia de Génova* (1686) y las biografías de Carlos I, Felipe II, del Duque de Osuna, Oliverio Cromwell, Sixto V. etc., todas en sus primeras ediciones de Amsterdam.

creencias religiosas, como por sus condiciones personales y, sobre todo, por sus falsedades históricas, que lo habían convertido en un elemento clave de la denominada Leyenda Negra³⁴. Del segundo no entra a juzgar obras como *Excelencias de la Monarquía de España* (Valladolid, 1597) y otras de las que había en San Martín, sino que se limita a ironizar en torno a su *Discurso sobre la certidumbre de las reliquias de Granada* (Granada, 1601), justo la que lo sitúa entre los “*alucinados sobre aquellas patrañas del Monte Sacro*”, de cuya falsedad había pruebas sobradas³⁵.

En conjunto, estas y otras opiniones del bibliotecario³⁶ están hechas con frecuencia sin la lectura directa de las obras más significativas de los autores -el caso más claro es el de Maquiavelo, del que el monasterio no tenía, por ejemplo, *El Príncipe*-, partiendo en la mayor parte de las ocasiones de las prohibiciones oficiales y aún desaconsejando la lectura de algunas obras autorizadas. Aunque quizá pueda decirse que este tipo de opiniones vertidas en un instrumento de consulta como el índice de una biblioteca desmerecen su calidad técnica o la neutralidad de su erudición, en realidad nos ponen en contacto con una mentalidad claramente conservadora y poco en línea con la Ilustración; sus ataques abarcan un amplio abanico que va desde el escotismo de los franciscanos al ateísmo, pasando por jansenistas, cartesianos, espinozianos, deístas, materialistas, etc.

Como ya hemos dicho en varias ocasiones, el resultado cuantitativo del índice del P. Noguera nos sitúa ante casi 14.000 volúmenes correspondientes a 7.849 títulos. Por lo que respecta a su composición, partimos de que la identificación de una biblioteca según las fechas de edición de las obras inventariadas apenas tiene significado al no poder reconstruir con precisión el ritmo con el que esos títulos fueron incorporados, pero también de que sí es expresiva del carácter que su globalidad le da a una biblioteca determinada en un momento concreto. En este caso, prescindiendo del 4.5% del que no consta fecha de edición, es evidente que a comienzos del XIX la biblioteca de S. Martín Pinario era más propia del Barroco que de la Ilustración, de modo que, sobre un escaso fondo de ediciones de fines del siglo XV y comienzos del XVI -sólo

³⁴ “*Genio vivo y fogoso, enemigo de la virtud y de la religión, turrante de raza, ya perseguido por sus insolencias, ya famélico, se dio a escribir historias llenas de mentiras, de inepcias y de inexactitudes, por último parece que murió calvinista*”, Ms. 586.

³⁵ M. Dubuis, “Les bénédictins d’Espagne devant les fausses chroniques”, en *Pratiques et concepts de l’Histoire en Europe, XVIe.-XVIIIe.- siècles*, Paris, 1990, p. 97 y ss.

³⁶ Hemos recogido sólo aquellas más significativas, pero menudean otras de tono menor, como las dirigidas a los *Discursos de Estado y de Guerra* de Jerónimo Fracheta, al que califica de “*demasiado satírico, depuesto y expulso de aquella capital (Roma), sin embargo, sus escritos dan bien a entender que era un gran político y muy celoso de la religión católica*”; o las dedicadas al franciscano Claudio Frassen, de quien “*prescindiendo de las opiniones escotistas, nos parece que toda la obra de Frassen es uno de los mejores cursos de filosofía y teología que hai en nuestra biblioteca*”, Ms. 586, s.f.

un 2.5% de los libros es anterior a 1530- y otro un poco más amplio de entre 1530 y 1580 -un 12.7%-, el grueso, prácticamente la mitad, procedían del XVII -de 1580 a 1700 se corresponden el 49.1%-, y el siglo XVIII sólo aporta un 30.8%, lo que resulta comparativamente escaso tanto con respecto a otras instituciones compostelanas como a otras casas benedictinas³⁷

	Títulos	%
Sin fecha	351	4.5
Anteriores a 1500	53	0.7
1500/49	433	5.5
1550/99	1.353	17.2
1600/49	1.573	20.0
1650/99	1.640	20.9
1700/49	1.293	16.5
1750/99	1.124	14.3
Posterior a 1800	29	0.4
Total	7.849	100.0

No hay duda, pues, de que el ritmo de las fechas de edición tiene su primer despegue en la etapa de celebración del Concilio de Trento y el segundo y definitivo a partir de su final (1562), de forma que el máximo absoluto se corresponde con ediciones de 1610/19, seguido de cerca por las de 1580/1600. La fase de la gran producción religiosa se ve reflejada en el ritmo constante y sostenido de las ediciones de todo el XVII, del mismo modo que su recesión en el tránsito del XVII al XVIII -coincidente con la denominada “crisis de la conciencia europea”-, se manifiesta en la reducción drástica de la presencia de títulos del período inicial del setecientos, del mismo modo que los efectos de la Revolución francesa y, sobre todo, de las medidas de control de entrada de libros extranjeros en esa época, tuvieron su trasunto en el descenso drástico desde 1790, incluso un poco antes.

La perspectiva de conjunto que ofrecemos aquí no sólo oculta la formación de la biblioteca, sobre la que trataremos de dar algunas claves, sino también la evolución diferenciada de las ediciones según su país de origen, de lo que por el momento señalaremos el predominio del libro español (37.4%), seguido por el francés (23.8%) e italiano (16%), distribuyéndose el resto entre los pequeños porcentajes de ediciones realizadas en territorio alemán (5.3%), de los Países Bajos del Sur (4.1%), de Holanda (3.1%),

³⁷ En Tibães, el 20% eran libros del XVI, 35% del XVII y 40% del XVIII (L.A. de Oliveira, art. cit., p. 497); los benedictinos de Pothières tenían en 1790 un 44.5% de libros del XVIII (D. Dinet, art. cit.).

Portugal (2.3%), Suiza (1.9%), Gran Bretaña, Rusia, Suecia, etc., todos ellos con menos del 1%, a un lado, claro está aquellos cuyo lugar de impresión se desconoce.

En cuanto a los contenidos, la biblioteca de S. Martín Pinario era sin duda la mejor surtida, lo que incluye un buen suministro de obras prohibidas -el 3,8% del total, entre las que destacan el *Robinson Crusoe* de D. Defoe, las obras completas de Voltaire, y producción diversa de Montesquieu, Rousseau, Condillac, etc.³⁸- y verdaderas joyas bibliográficas, entre las que se puede mencionar la Enciclopedia o las colecciones completas de las memorias de las Academias francesas -de las Ciencias y de Inscripciones de París-, italianas -de la Crusca florentina, de la napolitana-, y españolas -de la Lengua, de la Historia, de S. Fernando-, en un conjunto tan variado como rico. Naturalmente, el grueso de las existencias estaba formado por obras de teología y religión, derecho canónico, filosofía, etc., lo que la identifica como una biblioteca “barroca”, pero eso no obsta para reconocer su enorme importancia en una ciudad pequeña como Santiago.

Lo dicho explica que, aún no siendo pública, la biblioteca de S. Martín fuese visitada con frecuencia por componentes de la nobleza local -el marqués de S. Simón o los condes de Lemos o de Ximonde-, que en los registros de préstamo llevados por los monjes entre 1742 y 1803 aparecen como lectores de obras de historia, en especial de genealogías; también lo era por el clero secular ilustrado -por ejemplo, A. Cernadas y Castro, cura de Fruíme, que pide prestadas las obras de Nicolás Antonio-, por eruditos tanto foráneos -el polígrafo F. Cerdá y Rico-, como gallegos -Jose Cornide, por ejemplo-, además de por miembros de otras órdenes religiosas, inquisidores, opositores a cátedras y canonjías, abogados e incluso algunos hombres de la burguesía mercantil compostelana. Los gustos de estos lectores son muy homogéneos -historia, teología y derecho- y férreo el control de los préstamos por parte del monasterio; en todo caso, los lectores más numerosos eran los propios monjes de la abadía o, mejor dicho, un puñado de ellos, muy reiterativos en sus peticiones de títulos: sermonarios, obras de historia y el *Año Cristiano* de Croisset forman, con algunas obras de teología, las lecturas más comunes de este grupo.

En lo que se refiere a la formación de la biblioteca de S. Martín Pinario, conviene tener en cuenta que la política general de los benedictinos sobre la formación de las bibliotecas de los monasterios de la Congregación de S. Benito de Valladolid fue,

³⁸ Siendo abad Fray Martín Ojea, se pidió y consiguió licencia del Inquisidor General para tener en la librería “*los libros prohibidos cerrados con llave y de modo que no los pueda leer persona alguna que no tuviese licencia de Su Señoría Ilustrísima*”; esa licencia se concedió con algunas limitaciones “*en orden a entrar y mantener absolutamente los libros prohibidos*”, por lo que fue rápidamente rectificada a petición del monasterio, pasando a ser absoluta a fines de 1729 (A.H.U.S., *Serie Histórica*, leg. 21, s.f.)

comparativamente, poco precisa, lo que en la práctica se tradujo en un notable descuido, tal como en algunos aspectos hemos visto denunciado por el P. Noguera con respecto a S. Martín. Las *Constituciones* de dicha Congregación, a las que estaba sometido el monasterio compostelano, son muy poco explícitas, limitándose a ordenar “*que de aquí adelante aya librería ansi de libros disputativos como de doctores graves, puestos en sus bancos con cadenas*” y “*que en las casas donde hubiere copia de libros se compren cada año quarenta o cinquenta ducados dellos asta que aya cumplida librería*”³⁹. La obligación de constituir una biblioteca es la única norma establecida, añadiéndose luego dos indicaciones sobre la adquisición de libros, mediante compra y mediante la incorporación de los dejados a su muerte por los monjes de la orden residentes en su monasterio⁴⁰; finalmente, se hacen algunas recomendaciones para evitar la pérdida de libros⁴¹, lo que tardíamente, desde 1742, se tradujo en la existencia de un registro de préstamos. Si la normativa era escasa y poco precisa, es más sorprendente aún que los “libros de visitas” de S. Martín en los que se dejaba constancia de los resultados de las inspecciones y consiguientes mandatos de los Maestros Generales de la orden, rara vez se hiciese referencia a una cuestión de tanta importancia⁴², o que en las actas de los Consejos que, como los anteriores, contienen una riquísima información sobre la vida interna del monasterio, no haya a lo largo de los siglos XVII y XVIII ni una sola referencia a este tema. De todo lo cual deriva la dificultad de recomponer con un mínimo de seguridad los criterios y ritmos en la formación de la biblioteca; sin embargo, consideramos que debió de tener un notable efecto el progresivo endurecimiento de los mandatos de la Congregación de Valladolid sobre la vida interna de los monasterios benedictinos y su insistencia en la práctica de la lectura como vía de mejora de esa vida, perceptible en las “cartas acordadas” de los Generales de la orden desde los años centrales del XVIII.

La contabilidad tardía del Monasterio permite extraer alguna información sobre compras a partir de 1744 y hasta 1780⁴³ y obtener una idea somera de lo incorporado a la biblioteca en ese período. Se trata de una información poco homogénea, dado que

³⁹ *Constituciones de los Monges de la Congregación de San Benito de Valladolid*, edición de Barcelona, 1575, p. 103.

⁴⁰ “*De los libros que les dieren personas particulares los podrán llevar (los monjes) e tener ad usum e han de ser de la casa de su profesión después de su muerte*”, *Constituciones*, citadas ya, p. 103.

⁴¹ “*Que de las librerías de la orden no se saquen libros y los que las casas prestaren a los predicadores los dexen en ellos quando se mudaren a la memoria de los que allí hubiere de la casa la qual memoria se ponga en el arca del convento... e lo mismo han de hazer los otros religiosos que tienen libros que no son de las casas de su profesión para que después de muertos vuelvan a ellas*” (ib. id., p. 103).

⁴² Sólo en 1734 se ordena en beneficio de los hermanos novicios que “*el padre abad los probea de libros espirituales que conduçan a tan santo exercicio*”, A.H.D.S., S. Martín, lib. 22, s.f.

⁴³ Libro de Cuentas de S. Martín, B.U.S., Ms. 29.

unas veces ofrece el número de tomos incorporados y otras su valor en dinero, y que siempre deja fuera las donaciones y los libros procedentes de los espolios de monjes fallecidos⁴⁴, pero no está exenta de significado. Este es poco cuando se nos dice que entre 1744 y 1749 se incorporaron 190 tomos de libros sin identificarlos, pero se enriquece cuando se especifican algunos de los 80 comprados entre 1750 y 1753, de los 110 de 1753/57 o de los 1.200 adquiridos de 1757 a 1761; si este incremento numérico es en sí mismo muy revelador del interés que en esos años se aplica al enriquecimiento de la biblioteca, más lo son aún los casi 30.000 reales que se invierten en libros en 1762/66 y que suponen el 3.5% de los gastos del monasterio; en 1767/71 se invirtió una cifra menor, 16.110 rs (2.7% del gasto), 15.905 rs. en 1771/73 (2% del gasto) y 9.300 en 1774/77 (1.3%), para luego desaparecer de la contabilidad las compras de libros.

Lamentablemente, la contabilidad sólo recoge los títulos de las obras costosas, por lo que no podemos obtener conclusiones globales sobre la orientación de las adquisiciones, pero sí algunas impresiones de cierto interés. Haciendo una escisión a la altura de 1767 para observar las incorporaciones anteriores y posteriores a la expulsión de los jesuitas y la salida al mercado de parte de sus fondos libresco -no los de los colegios gallegos, pero sí los de otros-, se enumeran entre 1749 y esa fecha unas 25 obras en 400 tomos, de entre las que destaca, en primer lugar, un conjunto de obras de Historia, sobre todo eclesiástica, y de geografía: las Historias eclesiásticas del Abbé Choisy y del dominico Agustín Orsi, la *España Sagrada* del P. Enrique Flórez, la *Gallia Christiana* de D. Sammartanus⁴⁵, se incluyen en aquel primer epígrafe, mientras que la historia civil está representada por el diccionario histórico de L. Moreri⁴⁶ y buena parte de la inmensa Historia Bizantina, y la Geografía por los acreditados diccionarios geográficos de L. Echard y de Bruzen de La Martinière⁴⁷. La erudición sagrada incluye la compra de 47 “*tomos de los bollandos*” y la inmensa Historia Sagrada de Blas de Ugolinus⁴⁸; también por esta época se adquiere la edición de la Biblia preparada por el benedictino J. Sabatier⁴⁹. La teología “clásica” aparece en ediciones tardí-

⁴⁴ En la cuenta de 1762/66 se dice que “*todos estos y otros muchos se compraron y fuera de estos se pusieron (en la librería) otros muchos de espolios y algunos otros que dieron los monges*”, ib. id., f. 295.

⁴⁵ Se trata de la *Historia Eclesiástica* de F. Timoleon, Abbé de Choisy, en su edición de Madrid de 1754 en 15 vols., la de A. Orsi, con el mismo título y edición también de Madrid en el mismo año y en 23 vols., ambas en castellano. La obra del P. Flórez, Madrid, 1750 y ss. y la de D. Sammartanus, *Gallia Christiana*, París, 1715, 11 vols., en latín.

⁴⁶ L. Moreri, *Grand Dictionnaire Historique*, edición de París, 1732 y su suplemento de 1749 en dos volúmenes.

⁴⁷ L. Echard, *Diccionario Geográfico*, edición en castellano publicada en 1751 en 12 vols.; L. Bruzen de La Martinière, *Dictionnaire Géographique et Critique*, La Haya, 1726, 10 vols.

⁴⁸ B. de Ugolinus, *Thesaurus Antiquitatum Sacrarum*, Venecia, varios años, 33 vols.

⁴⁹ P. Sabatier, *Biblia*, París, 1751, 5 vols., en griego y latín.

as de los santos padres griegos, de S. Juan Crisóstomo -comentado por Bernard de Montfaucon- y de Tomás de Aquino⁵⁰; se incorporaron también obras del XVIII como las adiciones hechas a los *Cursus* salmanticenses, publicadas a mediados de siglo, o la teología escolástica del benedictino Agustín Reding⁵¹. El derecho canónico sólo se contiene en las obras del agustino alemán Christiano Lupo, pero el monasterio se dota del enorme Bulario editado por Cocquelines⁵². Fuera de esos campos, estrechamente vinculados con la tradición bibliográfica del monasterio, se adquieren instrumentos de trabajo como diccionarios⁵³, pero sobre todo llama la atención la adquisición de obras científicas, de medicina en su mayor parte, como una edición tardía de Galeno, las de Jacobo Martelo y los títulos del médico italiano Teófilo Boneti, mientras que las ciencias naturales son incorporadas a través del “*Espectáculo de la Naturaleza*” de N. A. Pluche⁵⁴.

Esa selección de títulos se hizo constar en la contabilidad por los propios adquirentes con un criterio simplemente cuantitativo, toda vez que se corresponden con obras de alto precio, pero puede observarse el predominio de obras clásicas, en las que la novedad constituye un componente marginal, y la compra de ediciones madrileñas de títulos extranjeros traducidos al castellano.

Es un poco diferente la impresión que se obtiene de las obras adquiridas entre 1767 y 1780: se compran los nuevos volúmenes de grandes colecciones que se habían adquirido en la etapa anterior⁵⁵, y se incorporan otras colecciones importantes como la diplomática de los maurinos y la historia de la abadía benedictina de Saint Germain des Prés; tampoco se rompe con la tradición al incorporar ediciones modernas de los santos padres⁵⁶, la erudición clásica -recogida en obras como las de Gronovio, Gruter,

⁵⁰ Se trata de la Biblioteca de Santos Padres elaborada por M. La Bigne, París, 1703, 30 vols.; de las obras grecolatinas de Juan Crisóstomo, París, 1718, 13 vols.; y de la *Summa Theologica* de Tomás de Aquino impresa en Padua en 1760, 18 vols. en latín.

⁵¹ De los salmanticenses se incorporan los apéndices publicados en Madrid en 1753 y de A. Reding, *Theologia escolastica*; Monasterio de Einsidlensis, Suecia, 1687, 11 vols. en latín.

⁵² Ch. Lupo, *Opera*, edición de Venecia, 1723, 12 volúmenes en latín; C. Cocquelines, *Colección de Bulas*, Roma, 1739, 28 vols., completados luego con suplementos.

⁵³ Se compra el Diccionario de la Real Academia Española en su edición de Madrid de 1726, en seis vols., o el de portugués de R. Bluteau, publicado en Coimbra en 1712, 10 vols.

⁵⁴ No es posible a través de la contabilidad conocer cuáles fueron las ediciones de Galeno y Martelo adquiridas en este momento, pero sí las de T. Boneti, *Anatomia practica*, Lyon, 1700, tres vols., *The-saurus Medicus*, Génova, 1692, y *Laberinto Medico*, Génova, 1687, todas en latín. La obra de Pluche se corresponde con su traducción al castellano, ed. de Madrid, 1753, 16 vols., aunque el monasterio contaba también con la de Francfurt de 1752.

⁵⁵ De los bollandos, por ejemplo, de Ugolinus, de la *Gallia Christiana* de Sammartanus, etc.

⁵⁶ De Beda, *Opera*, Colonia, 1612, 4 vols.; de S. Buenaventura, *Opera Omnia*, Lyon, 1668, 7 vols.; los *Opuscula* de San Dámaso, Roma, 1754; *De Trinitate*, de Dídimo, Bolonia, 1769; S. Nilus, *Tractatus et opuscula graecos et latinus*, Roma, 1668, etc.

Pitiscus o del P. Carpentier⁵⁷-, la erudición sagrada⁵⁸, la historia eclesiástica⁵⁹ o la gran oratoria religiosa⁶⁰, pero sí se rompe con el Discurso sobre la historia eclesiástica de Fleury, prohibida, los *principia mathematica* de Isaac Newton o las obras filosóficas de Leibnitz, junto con obras de ciencias de gran magnitud, como la historia natural de Buffon -se compra la traducción al castellano de Clavijo y Fajardo, editada en Madrid en 1773-, las memorias de matemáticas y física de la Academia de las Ciencias de París -el monasterio adquiere 72 volúmenes desde su primer número de París de 1732-, o el Diccionario de la salud -París, 1761-. Destacan también el Atlas Universal de Vaugondy -también conocido por Grand Vaugondy, París, 1757-, la Historia Universal traducida del inglés al francés por la Academia de París y publicada en Amsterdam en 1747, el Vocabulario académico de la Academia de La Crusca -Nápoles, 1746, cinco volúmenes-, o el Diccionario de Comercio de J. Savary⁶¹, entre otras obras sin duda poco en línea con las adquisiciones de la etapa anterior. En síntesis, lo que en este otro período resulta más llamativo es el interés por la historia⁶², más por la civil que por la eclesiástica, la entrada de la ciencia moderna a través de las publicaciones de las academias y la importancia de las adquisiciones en lenguas modernas, francés sobre todo, lo que no obsta para que las materias de siempre siguiesen entrando en San Martín de un modo preferente.

Desde 1780 no se registra en la contabilidad del monasterio la compra de libros⁶³, por lo que ya no es posible saber cuál fue el criterio o las líneas para nuevas incorporaciones. Todo indica, sin embargo, que se produjo una notable reducción en el ritmo de entradas, ya que en el Índice elaborado por el P. Noguera constan sólo 211 títulos posteriores a 1780 y hasta 1808, cuando la media decenal de 1770/79 y décadas anteriores se situaba entre 200 y 300 títulos. Sí sabemos, no obstante, que lo que parece una drástica disminución de las compras se paliaba de algún modo con la práctica del trueque, contando los bibliotecarios de San Martín con la facultad de vender o

⁵⁷ De J. Gronovio se adquiere el “tesoro de las antigüedades griegas”, en latín, en su edición de Leyden de 1697 en 13 vols.; de J. Gruter, sus “inscripciones”, publicadas en Amsterdam en 1707; de S. Pitiscus, *Lexicon Antiquitates*, La Haya, 1737, tres vols. en latín; del P. Carpentier, su *Glossarium Novum ad scriptores mediævi cum latinus tum gallicos*, París, 1766, cuatro vols.

⁵⁸ J. Bartoluccio, *Biblioteca Magna Rabínica*, Roma, 1775.

⁵⁹ L. Wadingo, *Annales Minorum*, Roma, 1731, 19 vols.

⁶⁰ La “biblioteca de predicadores” del P. Houdri, Venecia, 1761, en ocho vols., y las *Homilias* de S. Carlos Borromeo, edición de Milan de 1747, cinco vols.

⁶¹ J. Savary, *Dictionnaire du Commerce*, Copenhague, 1779, cinco vols. en francés.

⁶² Además de algunas obras ya citadas, merece especial mención la “historia romana” del jesuita Rorville en 20 vols. (París, 1731) y la *Histoire des empereurs romains*, de J.R. Crevier, París, 1749, 12 vols., también en francés.

⁶³ Desde 1778 no hay partidas contables destinadas a la librería, si bien en 1780 consta que se compraron para la sacristía 34 breviarios pequeños, tres juegos de los grandes y 136 tenebrarios (ib. id.)

cambiar las obras duplicadas por aquellos libros que pudiesen interesar al monasterio⁶⁴.

La comparación de las compras hechas por San Martín entre 1744 y 1780 con las realizadas en esa época por el monasterio, también benedictino, de S. Vicente de Oviedo⁶⁵, en el que había tenido su morada el P. Feijoo, nos permite hacer algunas reflexiones sobre esta cuestión, si bien limitadas a que el registro de S. Martín sólo recoge los datos de las grandes colecciones. En 1753/57, los benedictinos de S. Vicente hacen algunas adquisiciones en Madrid, entre otras, el *Espectáculo de la Naturaleza* de Pluche y el *Bulario de Cocquelines*, que no entraron en S. Martín hasta los años sesenta, pero, a cambio, el monasterio compostelano adquiere un mayor número de libros. En 1757/61, en tanto S. Martín compra 1.200 tomos, las compras de Oviedo siguen siendo más modestas en número pero más innovadoras -por ejemplo, el *Dictionnaire* de Trévoux, el “vocabulario” de La Crusca, la “historia universal” de Calmet, etc.-, y adelantatas a Santiago en algunas incorporaciones que aquí llegarán más tarde. Es entre 1761 y 1765 cuando el monasterio compostelano no sólo adquiere más libros sino comparativamente más relevantes; en esos años, S. Vicente adquiere mayoritariamente obras de historia -incluso algunas que la crítica ya había condenado-, y obras de teología tradicional -San Agustín, San Anselmo, San Bernardo, Duns Scoto, etc.-, y pocas de pensamiento religioso moderno -Palafox, por ejemplo-. Finalmente, el período que va de 1767 a 1780, está en San Vicente marcado por la incorporación en 1769 de los textos de los santos padres grecolatinos, cuya edición por M. La Bigne en 1703 había sido comprada en 1762/63 en San Martín; también por la adquisición de las obras de los bollandos y de los maurinos, que S. Martín había comprado con antelación y así sucesivamente. Los paralelismos son evidentes, toda vez que los títulos más conocidos suelen coincidir, pero existe un desfase en las incorporaciones, primero favorable a S. Vicente y luego a S. Martín; asimismo se aprecian paralelismos con respecto a la abadía portuguesa de Tibães, por lo que sugieren una tendencia general de la orden en la Península Ibérica, reflejo tardío del comportamiento de los benedictinos franceses⁶⁶.

⁶⁴ En 1802, el P. Noguera afirma tener las mismas facultades que su antecesor para custodiar la biblioteca, “por lo cual sacaré de ella y llevaré a su poder los libros duplicados para usarlos, venderlos, trocarlos y beneficiarlos según me parezca”, B.U.S., Ms. 452, f. 16.

⁶⁵ El registro de incorporaciones de libros de S. Vicente puede seguirse de forma continua de 1753 a 1805. Información procedente del archivo de ese monasterio y cuyo vaciado de datos debemos al prof. B. Barreiro Mallón, al que agradecemos su generosa aportación (al respecto, véase su artículo “Alfabetización y lectura en Asturias durante la Edad Moderna”, *Espacio, Tiempo y Forma*, n. 4, 1989, p. 115 y ss.).

⁶⁶ En Tibães, el mayor volumen de libros nuevos fue comprado entre 1767 y 1780 (800 tomos) y en 1783/89 (830), disminuyendo luego considerablemente el ritmo de adquisiciones (A. de Oliveira, art. cit, p. 492). Sobre Francia, H.J. Martin, “La tradition perpetuée”, en R. Chartier y H.J. Martin (eds.), *Histoire de l'édition française, II: Le livre triomphant, 1600-1830*, Paris, 1984, pp. 120 y ss.

No tratamos de agotar aquí el análisis de la biblioteca de S. Martín en toda su extensión y profundidad, pero no hay duda de que era una biblioteca repleta de magníficos ejemplares, desde la *Enciclopedia* y las colecciones completas de las Academias francesas, italianas y españolas hasta una abundante literatura religiosa de corte jansenista, obras científicas, de artes, de letras, etc., sin que apenas se noten carencias relevantes en materias prohibidas. Una cosa es obvia, sin embargo: su paulatino cierre y su creciente ortodoxia, al menos en apariencia. Se ha señalado ya el contraste entre la abundante producción del XVII con la que contaba S. Martín y la mucho menor del XVIII, pero, además, es significativo el descenso del número de obras publicadas después de 1770 y, sobre todo, de 1780, acompañado del hecho sintomático de que las incorporaciones más tardías -deducibles del índice del P. Noguera-, a diferencia de lo que era habitual antes de mediados del XVIII, son obras publicadas en España (50,5%), en proporciones nunca antes alcanzadas; Italia aportaba el 16,9% y Francia el 20,6%, pero apenas viene ninguna de otros países. La temática predominante en las obras más tardías es la religiosa, con un 15% de teología, biblias y santos padres, un 4% de obras de moral y hasta un 25% de obras de piedad, liturgia y oratoria sagrada, reglamentos internos, catecismos y vidas de santos, pero con respecto a las bibliotecas conventuales compostelanas hay algunas diferencias importantes: el derecho civil y canónico abarcan el 8%, la historia y la geografía un 16%, las ciencias positivas un 9.2%, un 4.4% la filosofía, un 9.6% la literatura moderna y clásica y un 3.4% el pensamiento político. Este panorama nos da idea de una amplitud de miras superior a la de los conventos -con la excepción quizá de los agustinos-, como nos la da también el hecho de que el monasterio de S. Martín facilitase el acceso a sus fondos por vía de préstamo a una reducida pero interesante elite que tenía su acomodo en Santiago o estaba de paso. Sin embargo consideramos, aunque sería prematuro afirmarlo, que a partir de la Revolución francesa el acceso se restringió -al menos, en los libros de registro sólo figuran monjes- y que las adquisiciones se hicieron menos variadas y menos arriesgadas, aunque también es verdad que la regulación, consolidación, enriquecimiento y paulatina apertura de la biblioteca de la Universidad hacían cada vez menos necesaria la de S. Martín⁶⁷. Las incorporaciones posteriores a 1789 son claramente ortodoxas, neutras o abiertamente antifilosóficas o antirrevolucionarias; entre estas últimas, la obra de J. Domenichi, *El éxito de la muerte de Voltaire, D'Alembert y Diderot*

⁶⁷ A pesar de lo cual, en 1804 el arzobispo Fernández Vallejo justificaba su oposición al mantenimiento de la biblioteca arzobispal fundada bajo el gobierno del arzobispo Francisco Bocanegra, en que "están los literatos y estudiosos de Santiago surtidos por ahora muy vastamente con las dos bibliotecas de esta Real Universidad y Real Monasterio de S. Martín Pinario, muy copiosas y suficientes a conciliar la amena variedad de toda clase de lectura que no se puede conseguir ni ahora ni en mucho tiempo", A.H.D.S., General, leg. 49.

(Madrid, 1792), las del Maestro Barruel, *Memorias para servir a la historia del jacobinismo* (Londres, 1797), el *Diccionario antifilosófico* de Nonnotte, etc. Esta reorientación, en cualquier caso, resulta tardía y la biblioteca de S. Martín contaba a principios del XIX con material suficiente para contentar a paladares exigentes.

DIMENSIONES DE ALGUNAS BIBLIOTECAS MONASTICAS Y CONVENTUALES GALLEGAS EN 1835/36 (NUMERO DE VOLUMENES)

1. Monasterios:

S. Martín Pinario, Santiago (Benedictinos)	12.093
S. Juan, Poio (Benedictinos)	571
Sta. María, Sobrado (Cistercienses)	2.863
Melón (Cistercienses)	1.660
Sta. María, Armenteira (Cistercienses)	784
Montederramo (Cistercienses)	259
Sta. María, Oia (Cistercienses)	1.561
Meira (Cistercienses)	469

2. Conventos:

Sti. Spiritus, Melide (Terceros franciscanos)	2.504
Sta. Catalina, Montefaro (Terceros franciscanos)	3.316
S. Francisco, Santiago (Franciscanos)	4.435
S. Francisco, Pontevedra (Franciscanos)	1.505
S. Antonio, Tui (Franciscanos)	1.022
S. Francisco, Ferrol (Franciscanos)	1.709
S. Antonio, Xobre (Franciscanos)	1.260
S. Francisco, Noia (Franciscanos)	1.583
S. Francisco, Monterrei (Franciscanos)	781
S. Francisco, Louro (Franciscanos)	611
S. Francisco, Monforte (Franciscanos)	183
S. Antonio de Agrelo, Redondela (Franciscanos)	316
S. Diego de Canedo, Pontearreas (Dominicos)	556
S. Lourenzo, Santiago (Franciscanos observantes)	1.001
Sto. Domingo, Santiago (Dominicos)	2.713
Sto. Domingo, Lugo (Dominicos)	127
Sto. Domingo, Tui (Dominicos)	636
S. Sadurniño, S. Sadurniño (Dominicos)	284
El Carmen, Padrón (Carmelitas descalzos)	918

S. Agustín, Santiago (Agustinos)	3.447
S. Agustín, A Coruña (Agustinos)	1.583
Sta. María de la Merced, Conxo (Mercedarios)	2.634

Otras evaluaciones

S. Antonio, Herbón (Franciscanos), 1756	2.047
S. Francisco, Ribadeo (Franciscanos), 1761	1.538
S. Francisco, Santiago (Franciscanos), 1761	5.373
S. Martín Pinario (Benedictinos), princ. XIX	13.849
Sta. María de la Merced, Conxo (Mercedarios), 1802	2.454